

Sobre la necesidad de una organización política propia

2019-12-28



Genero
problematika

NAHIA SANTANDER

Hace no tanto Kolitza nos alertaba de que no solo los conflictos entre las organizaciones comunistas y el partido político de la Izquierda Abertzale resultarían inevitables, sino de que no deberían sorprendernos cada vez más choques entre el movimiento “popular” y el nuevo movimiento proletario en expansión¹.

El tiempo le ha dado la razón, de tal manera que podríamos afirmar que en los últimos meses hemos sido espectadoras, cuando no víctimas, de la creciente tensión entre la tendencia socialista referente a la cuestión de género y las filas del movimiento feminista vasco, ya que parecen creerse las únicas con *legitimidad* para tratar asuntos relativos a la problemática de género. Son momentos convulsos los que vivimos, y por ello, soy perfectamente consciente de que para muchas está resultando especialmente difícil aceptar que, lejos de ser acontecimientos aislados, la tensión política ha venido para quedarse. Pero considero que más allá de juicios de valor, es imprescindible aportar elementos políticos al análisis de los hechos. En su falta, corremos el gran riesgo de percibir la realidad política como una simple *lucha de voluntades*, como si de una mera cuestión de amistad (o ausencia de ella) se tratase.

Así las cosas, por un lado, no es tan extraño encontrarse con juicios morales contra las integrantes del movimiento socialista, tachándolas implícitamente de ser la *responsables* del ambiente de crispación generalizado, como si la “culpa” fuese suya por “haber decidido romper” con el movimiento feminista. Por otro lado, hay quien prefiere evitar cualquier juicio, si bien ciertamente no entienden muy bien por qué “es necesario” crear espacios políticos al margen de los existentes. Coincidir en la pertinencia de la elaboración y el desarrollo de la política proletaria, e incluso habiendo quienes son conscientes de la falta de centralidad política de la mujer proletaria en el feminismo hegémónico, prefieren seguir creyendo en la posible “confluencia” entre las dos perspectivas: la de clase y la feminista, siempre y cuando sea en los órganos creados.

Querría aportar ejemplos prácticos tomados de la actividad política reciente del autodenominado movimiento feminista, atendiendo tanto a los pronunciamientos públicos como a la ausencia de ellos. A partir de ahí quisiera extraer reflexiones políticas con objeto de justificar la necesidad de la política proletaria, independiente de los órganos políticos influidos y dirigidos por la clase media.

Para comenzar, debo admitir que me resulta especialmente clarificante el contenido político expuesto en la rueda de prensa realizada por el movimiento feminista de Euskal Herria en Bilbao, con motivo de la Huelga General del 30 de enero. Me gustaría simplemente reparar a las reivindicaciones planteadas, a saber: “no a las vidas precarias”, “vidas diversas de violencia machista y heteronormatividad” y “vidas sin racismo y guerra”. Lo realmente sorprendente no son las reivindicaciones en sí, sino la falta de hoja de ruta o medidas/exigencias concretas para realizarlas. ¿En qué se convierte la huelga desde el momento en

[1] Véase: https://gedar.eus/koiunturapdf/20190926_KP_Kolitza-Nuevo_curso_politico.pdf

que deja de ser una herramienta de lucha para exigir reivindicaciones concretas? Aún es todo más peliagudo teniendo en cuenta la miseria creciente en los sectores feminizados de la sociedad vasca. Muestra de ello son entre otras muchas, las luchas llevadas a cabo en los sectores de limpieza, por ejemplo en Nafarroa² o Gipuzkoa; o la recién alargada huelga en las residencias de ancianos en Gipuzkoa, debido a la falta de disposición para negociar por parte de la Diputación.

Aún más frívolas me resultan las reivindicaciones planteadas para la huelga, teniendo en cuenta los casos de contrabando de mujeres que han salido a la luz en nuestro país en las últimas semanas: el juicio contra ocho personas en Iruñea por obligar a dos mujeres nigerianas a prostituirse³, la detención de doce personas en Barakaldo el pasado 16 de diciembre por la compra-venta de mujeres para la prostitución y la detención de un hombre en Irún por formar parte de una red para la compra-venta de mujeres a nivel Europeo.

Por tanto, la cuestión que estoy planteando no es el grado de consenso que tengo respecto a las reivindicaciones mencionadas, sino la falta de potencialidad que creo que tienen para responder a problemas diarios que sufre la mujer proletaria y la clase obrera en su conjunto. Llegadas a este punto, deberíamos preguntarnos a qué se refiere la afirmación de vidas sin violencia, o lo que es peor, de quiénes son las vidas que se reivindican, ya que resulta verdaderamente extraño el silencio sistemático hacia las cuestiones proletarias como las aquí expuestas.

Considero que la disyuntiva en la que nos encontramos es especialmente compleja, y que de ser planteada en términos de complementariedad, resulta irresoluble. El programa político del feminismo hegemónico se cae por su propio peso: si no es a denunciar (que ya no digo resolver) las problemáticas de la mujer trabajadora, ¿qué pretende conseguir? El movimiento feminista ha hecho su elección, y ha comenzado un camino en la que la mujer proletaria no existe. Esto es, parafraseando una afirmación recogida en una Editorial de este periódico, podemos aseverar con contundencia que “no somos las mujeres proletarias las que hemos roto con el movimiento feminista, es el movimiento feminista el que ha roto con los intereses de las mujeres trabajadoras”.

En ese sentido caracterizaron Marx y Engels al Partido Comunista: “como aquél que destaca y reivindica siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía”; y ese es el deber que nos corresponde a los y las comunistas. Pero para poder responder a nuestra tarea histórica, tal y como afirmaron dos años más tarde, es necesaria la independencia política de los obreros, esto es, debemos procurar establecer una “organización independiente en la que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas”⁴.

[2] Véase: <https://gedar.eus/aktualitatea/biolentziaestrukturala/nafarroako-garbiketako-emakume-langileak-mobilizatu-dira-soldatua-berdintasunaren-alde>

[3] Véase: <https://gedar.eus/aktualitatea/biolentziaestrukturala/zortzi-pertsona-zigortu-dituzte-irunean-sexu-esplotazioako-emakumeen-salerosketa-egiteagatik>

[4] Para profundizar: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/50_circ.htm

Esto es, frente a las estructuras organizativas que dispone la pequeña burguesía, si la clase obrera quiere dejar de convertirse en una “clase potencial, amorfa y fragmentaria” necesita dotarse de formas organizativas propias, para poder dedicarse a la lucha política. Propias, porque existe una relación intrínseca entre la forma organizativa y los objetivos estratégicos: no podemos apropiarnos las estructuras organizativas pequeñoburguesas y utilizarlas para nuestros propios fines, ya que el sentido de su existencia responde a un contenido estratégico dado.

Además, podemos concluir que hay un salto abismal entre poner los cimientos para organizar al proletariado como clase y elevarlo a la lucha por el poder político, y hacer concesiones coyunturales a la clase obrera, esto es, básicamente, comprar su obediencia. Quienes quieren ver en lo segundo una posible conciliación con los intereses de clase, creo humildemente que están equivocadas, ya que no se puede cambiar el contenido de aquello que en esencia responde a los intereses de la pequeña burguesía y sectores acomodados de la clase obrera.

Por tanto, algunas han hecho su camino y a nosotras nos toca hacer el nuestro. Muestra de ello está siendo la actuación política de lo que se está convirtiendo el órgano para la defensa de los intereses de los estudiantes trabajadores y proletariado de la Universidad, UIB (Unidad de Fuerzas Universitaria). No hay más que ver cómo, frente al silencio de las feministas académicas de la UPV, han salido a la calle a organizar la solidaridad con las limpiadoras en lucha de la universidad. Es más, superando las barreras que impone la universidad han decidido mostrar su apoyo con las limpiadoras de Gipuzkoa en el Campus de Ibaeta. Una vez más, frente al silencio de la política pequeñoburguesa, ha quedado claro quiénes sí queremos responder a las injusticias de la mujer trabajadora.

La posibilidad de una organización comunista, fuerte y amplia tiene preocupado al sector reformista vasco, y por ello actúan con contundencia frente a cualquier ápice de determinación comunista. Son un claro ejemplo de ello los acontecimientos pasados en los Campuses de la UPV. Mientras se critica al movimiento socialista de Euskal Herria por la supuesta falta de interés por la problemática de género, se ataca con crueldad cualquier iniciativa política puesta en marcha por el mismo: desde las dinámicas para trabajar la violencia de género hasta cualquier jornada de formación. Se echa en cara a los hombres del movimiento socialista su falta de disposición al trabajo en cuestiones de género, pero al mismo tiempo se ataca cualquier herramienta política que tenga como objetivo la implicación unitaria del proletariado.

No nos engañemos; la cuestión no es esta o aquella dinámica que impulse el movimiento socialista. El meollo de la cuestión es bien conocido por las dirigentes del movimiento feminista hegemónico, y es el miedo a la independencia política de la mujer proletaria. Me reitero, aquellas que lanzan a los cuatro vientos acusaciones de ruptura son quienes niegan la acción política de las mujeres socialistas.